

el puesto á otros. Los censores P. Cornelio Arvina y C. Marcio Rutilo cerraron este año el lustro: el censo dió doscientos sesenta y dos mil trescientos veintidós ciudadanos. Eran estos los vigésimosexto censores desde la creación de esta magistratura y el lustro diez y nueve. En este año asistieron por primera vez los ciudadanos (1) con corona en la cabeza á los juegos romanos, en regocijo por los triunfos de los ejércitos, y por primera vez también se dió, á ejemplo de los griegos, palmas á los vencedores: también en este mismo año, los ediles curules que hicieron celebrar aquellos juegos, habiendo condenado á algunos arrendatarios de prados públicos, emplearon el dinero de las multas en pavimentar el camino desde el templo de Marte hasta Bobila. L. Papirio celebró los comicios consulares; creó cónsules á Q. Fabio Gurges, hijo de Máximo, y á D. Junio Bruto Sceva; Papirio fué creado pretor. Tantas prosperidades apenas bastaron durante este año para consolar á Roma de un solo azote, la peste, que asoló á la vez la ciudad y los campos; tomando ya el mal el carácter de terrible prodigio. Consultóse los libros para saber qué fin tendría aquella calamidad ó qué remedio darían los dioses, viéndose que era necesario traer á Esculapio de Epidauro á Roma; pero ocupados constantemente este año los cónsules en la guerra, no tomaron ninguna disposición en cuanto á esto, consagrándose solamente un día á rogativas públicas en honor de Esculapio.

(1) Creen algunos que solamente se presentaron así los soldados que habían combatido.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LAGUNA.

Perdida completamente la segunda década de la historia de Tito Livio, apenas si se encuentra alguna frase, alguna línea en algún autor ó escolista. Pero con objeto de que el relato no quede interrumpido, y para enlazar la primera década con la tercera, daremos los sumarios de cada libro, sumarios atribuidos por mucho tiempo á Lucio Floro. Probablemente lo que dió lugar á este error fué que el Compendio de la Historia Romana en cuatro libros que poseemos de Floro, se consideró primeramente como resumen de las historias de Tito Livio, hasta que demostró Justo Lipsio que no era así, aunque Floro, como él mismo declara, se sirviese mucho de Tito Livio. Pero quien quiera que sea el autor de estos sumarios, lo cierto es que son auténticos, sin que ningún erudito haya dudado jamás de esta autenticidad. No pueden despreciarse por consiguiente como fuentes de historia, no obstante su inexactitud acerca de algunos puntos, y quizá por esta misma inexactitud; porque en los parajes en que se separa de Tito Livio, en los libros que poseemos, pueden presentar algunas veces versión diferente de la de este historiador; mas para los libros que hemos perdido, deben formar autoridad y representar para nosotros la historia misma de Tito Livio, que sin duda no reemplazan, pero de la que dan brevísimo resumen. En cuanto al lector, es medio que le sirve para atravesar rápidamente por los acontecimientos realizados en la segunda década.

LIBRO XI.

El cónsul Fabio Gurges, derrotado por los samnitas, estaba á punto de ser destituido por el Senado, cuando su padre Fabio Máximo, pidiendo y obteniendo servir bajo su mando como legado, libertó de aquella aïenta á su familia.—Fabio Gurges, ayudado por los cónsules, derrota á los samnitas y vuelve en triunfo á Roma.—C. Poncio, general enemigo, después de servir para el brillo del triunfo, es decapitado.—Los legados enviados á Epidauro con ocasión de la peste, traen á Roma una serpiente que se había arrojado sobre la nave, y creen que Esculapio había tomado aquella forma. El reptil toma tierra en una isla de Tiber, donde se construye un templo á este nuevo dios.—Condenación de L. Postumio, varón consular, por haber empleado soldados de su ejército en trabajar en su campo.—Cuarto tratado con los samnitas que vienen á pedir la paz.—El cónsul Curio Dentato triunfa dos veces en el mismo consulado como vencedor de los samnitas y por haber sometido los sabinos rebeldes.—Colonias enviadas á Castro, Lena y Adriana.—Creación de los triunviros para los juicios de causas capitales.—Clausura del lustro; el censo arroja doscientos setenta mil ciudadanos.—Largas y violentas sediciones causadas por las deudas. Disgustado el pueblo se retira al Janículo, siendo atraído por el dictador Q. Hortensio, que muere en el ejercicio de su magistratura.—Expedición contra los volsinios y socorros concedidos á los habitantes de Thurio contra los pueblos de Lucania.

LIBRO XII.

Los galos senones matan á los legados romanos; Roma les declara la guerra.—El pretor L. Cecilio, enviado contra ellos, es derrotado y muerto en el combate.—Los tarentinos saquean la flota romana después de matar al duunviro que la mandaba; maltratan á los legados que les había enviado el Senado para pedirles reparación de aquel doble ataque, y por consecuencia se les declara la guerra.—Sublevación de los samnitas.—Ventajas que consiguen muchos generales romanos sobre ellos, sobre los lucanos, los brutinos y los toscanos.—Pirro, rey de Epiro, pasa á Italia en socorro de los tarentinos.—Una legión campaniense, enviada de guarnición á Rhega, bajo el mando de Decio Yubelio, degüella á los habitantes de la ciudad y se apodera de ella.

LIBRO XIII.

Combate entre el cónsul Valerio Levino y Pirro. Este rey debe la victoria al terror que inspiró á los romanos el aspecto de los elefantes, que veían por primera vez. Después del combate, contemplando el rey los cuerpos de los romanos que habían caído en el campo de batalla, los encontró todos vueltos hacia el lado del enemigo. Avanza saqueando el país hasta las puertas de Roma. En vano trata de corromper á C. Fabricio, enviado por el Senado para tratar del rescate de los prisioneros. Devuélvelos generosamente á Roma sin exigir nada.—Cineas, enviado en embajada, pide al Senado

que Pirro tenga la libertad de entrar en la ciudad para tratar personalmente de la paz.—Habiendo considerado necesario el Senado convocar una asamblea más numerosa para tratar de esta petición, Apio Claudio, á quien la pérdida de la vista no había permitido en mucho tiempo acudir al Senado, se hace llevar y persuade á la asamblea á que niegue á Pirro la libertad que pide.—Cn. Domicio cierra el lustro, honor que no había tenido aún ningún censor plebeyo: el número de ciudadanos ascendía á doscientos setenta y tres mil doscientos veintidós.—Librase contra Pirro otro combate, en el que los dos bandos se atribuyen la victoria.—Renuévase por cuarta vez el tratado de alianza con los cartagineses.—Fabricio envía á Pirro un cortesano de este príncipe que había ido á proponerle envenenar á su rey mediante una recompensa.—El resto del libro contiene muchas victorias conseguidas contra los toscanos, los brutinos, los lucanos y los samnitas.

LIBRO XIV.

Pirro pasa á Sicilia.—Además de otros prodigios, un rayo derriba la estatua de Júpiter en el Capitolio.—Los arúspices encuentran la cabeza de este dios.—Curio Dentato, haciendo levás en Roma, confisca los bienes de un ciudadano que habiendo sido llamado no se presentaba para que le inscribiesen en la lista, castigo que todavía no se había empleado.—El mismo Curio derrota á Pirro que había regresado á Italia y le obliga á repasar el mar.—Siendo censor Fabricio, borra del número de los senadores á P. Cornelio Rufino, varón consular, porque tenía en vajilla diez libras de plata.—Á la clausura del

lustro el número de ciudadanos se eleva á doscientos setenta y un mil doscientos veinticuatro.—Ajústase alianza con Ptolomeo, rey de Egipto.—Convicta de incesto la vestal Sextilia, es enterrada viva.—Establécense las colonias de Posidonia y Cossa.—Una flota, enviada de Cartago, socorre á los tarentinos, y esto les lleva á violar el tratado.—Victoria contra los lucanos, los samnitas y los brutinos.—Muerte de Pirro.

LIBRO XV.

Los romanos conceden la paz y la libertad á los tarentinos después de vencerles. Sitian y toman á Regio y hacen decapitar á la legión campaniense que se había apoderado de esta ciudad y degollado á sus habitantes.—Entregan á los apoloniatos algunos jóvenes romanos que habían insultado á los legados de esta ciudad.—Concédese la paz á los picentinos vencidos.—Establécense dos colonias en Rímimi, en el Piceno, y la otra en Benevento, en el Samnio.—El pueblo romano usa por primera vez dinero acuñado.—Elévase á ocho el número de los cuestores.

LIBRO XVI.

Origen de Cartago y sus primeros crecimientos.—Después de alguna discusión, el Senado acuerda que se socorra á los mamertinos atacados por Hierón, rey de Siracusa, y por los cartagineses. Las fuerzas romanas,

habiendo cruzado el mar por primera vez, consiguen muchos triunfos sobre Hierón. Este príncipe pide la paz y se le concede.—Los censores cierran el lustro y ven que el número de ciudadanos es de doscientos noventa y dos mil doscientos veinticuatro.—D. Junio Bruto, para honrar la memoria de su padre, da á Roma el primer combate de gladiadores.—Enviase una colonia á Esernio.—(El resto del libro contenía las victorias conseguidas sobre los cartagineses y los volsinios.)

LIBRO XVII.

El cónsul C. Cornelio, envuelto por la flota de los cartagineses, es atraído fraudulentamente á una entrevista y retenido prisionero. Su colega C. Duilio derrota al enemigo en el mar y consigue sobre ellos la primera victoria naval que obtuvo Roma: esto le valió el privilegio vitalicio de ser acompañado á su casa después de la cena con antorchas é instrumentos músicos.—El cónsul L. Cornelio combate con fortuna en las islas de Cerdeña y Córcega contra los habitantes del país y contra Hannón, general de los cartagineses.—El cónsul Atilio Calatino, habiendo comprometido temerariamente su ejército en un desfiladero de que eran dueños los cartagineses, vese salvado del peligro por el valor de Marco Calpurnio, tribuno militar que se atrae todo el esfuerzo del enemigo, cayendo sobre él con trescientos soldados. Aníbal, jefe de los cartagineses, huye con la flota que mandaba, rebélanse contra él los suyos y le crucifican.—El cónsul Atilio Régulo, senador de los cartagineses, en un combate naval proyecta pasar al África.

LIBRO XVIII.

El cónsul Atilio Régulo, vencedor de los cartagineses en una batalla naval, pasa al África, donde mata una serpiente monstruosa, aunque perdiendo muchos soldados. Después de derrotar al enemigo en muchos combates, escribe al Senado quejándose porque no le envían el sucesor que espera con impaciencia, sobre todo para ir á cuidar de sus tierras, abandonadas por los encargados de cultivarlas. Este retraso dió lugar á la fortuna para dejar en la persona del mismo Régulo elocuente ejemplo de sus favores y reveses. Vencido, cayó prisionero del lacedemonio Xantipo, á quien los cartagineses habían puesto al frente de su ejército. Todos los generales romanos consiguen en seguida por mar y tierra muchos triunfos, cuyo regocijo turba el naufragio de sus naves.—T. Coruncanio es el primer plebeyo á quien se crea pontífice máximo.—Los censores P. Sempronio Safo y M. Valerio Máximo, en la revisión que hacen del Senado, borran de la lista trece senadores y cierran el censo, cuyo resultado arroja doscientos noventa y siete mil setecientos setenta y siete ciudadanos.—Los cartagineses envían á Régulo á Roma para tratar de la paz con el Senado, ó al menos, si no podía obtenerla, el canjeo de prisioneros. Pero antes de su partida, le obligan á prestar juramento de que volverá á entregarse á ellos si el Senado no consiente el canjeo.—Régulo aconseja á los senadores que nieguen á los cartagineses la paz y el canjeo: regresa á Cartago, en cumplimiento de su promesa, y recibe la muerte con terribles suplicios.

En lo relativo á la serpiente, habla así Valerio Máximo: «No ha de olvidarse la serpiente, de la que tan brillante y curioso relato hace Tito Livio. Refiere que en

África, cerca del río Bragada, encontró una serpiente prodigiosamente grande, que impidió á todo el ejército de Atilio Régulo el acceso al río. Devoraba soldados que desaparecían en su enorme garganta y destrozaba á otros entre sus enormes anillos: los dardos eran impotentes contra ella; pero al fin, aplastada bajo una granizada de piedras que por todos lados le lanzaban las máquinas, sucumbió después de parecer á las cohortes y legiones más terrible que la misma Cartago. Las aguas del río quedaron enrojecidas con su sangre; las emanaciones pestilentes que brotaban de su cadáver infestaron toda la comarca inmediata, y los romanos se vieron obligados á decampar. Añade Tito Livio que fué enviada á Roma la piel de este animal, que tenía ciento veinte pies de larga.»

LIBRO XIX.

C. Cecilio Metelo triunfa con magnificencia, haciendo que sigan su carró trece generales cartagineses y ciento veinte elefantes.—El cónsul Claudio Pulquer, partido para el ejército á pesar de los auspicios, que le eran contrarios, hace arrojar al mar las gallinas que se negaban á comer, y pierde contra los cartagineses una batalla naval, lo cual obliga al Senado á reemplazarle. Obligado entonces á nombrar dictador, eleva á esta dignidad á un tal Claudio Glycia, hombre obscuro y despreciable, quien, obligado á abdicar, no consiguió otra ventaja de este cargo que la de asistir en lo sucesivo con toga pretexta á los juegos.—Atilio Calatino es el primer dictador que lleva un ejército fuera de Italia.—Realízase con los cartagineses el canjeo de prisione-

ros.—Establécense dos colonias, una en Fregelas, en Toscana, y la otra en Brindis, entre los salentinos.—Los censores cierran el lustro: el censo arroja doscientos cincuenta y un mil doscientos veintidós ciudadanos.—Claudia, hermana de Claudio, que había sido derrotado por los cartagineses, después de burlarse de los auspicios encontrando al regresar de los juegos una multitud que le obstruía el paso, exclamó: «Plugiuese á los dioses que mi hermano viviese aún y mandase las flotas de la república.» Por este deseo impío fué castigada con una multa.—Por primera vez se crearon dos pretores en Roma.—Viendo el pontífice Cecilio Metelo Máximo que A. Postumio, que era á la vez cónsul y sacerdote de Rómulo, preparábase para marchar al ejército, le detiene en Roma y no le permite abandonar los sacrificios.—Después de muchas ventajas conseguidas sobre los cartagineses por diferentes generales romanos, C. Lutacio alcanza al fin la gloria de terminar la guerra, con la victoria, que consigue sobre la flota enemiga, cerca de las islas Egatas.—Los cartagineses piden la paz y se les concede.—Habiéndose incendiado el templo de Vesta, el pontífice Máximo Cecilio se arroja entre las llamas y salva la estatua de la diosa y los vasos sagrados.—Añádense dos tribus nuevas á las antiguas, la Velina y la Quirina.—Sublévanse los faliscos: sojúzganlos al cabo de seis días, y se les reduce al deber.

LIBRO XX.

Envíase una colonia hacia Spoleto.—Por primera vez se hace marchar á las legiones contra la Liguria.—Córcega y Cerdeña se sublevan y quedan sojuzgadas.—Con-

victa de incesto la vestal Tuccia, se suicida.—Declárase la guerra á los ilirios para vengar la muerte de un legado enviado por la república.—Los ilirios quedan vencidos.—Elévase á cuatro el número de los pretores.—Los galos transalpinos hacen irrupción en Italia y quedan destrozados. Dicese que, en esta guerra, el pueblo romano puso en armas hasta trescientos mil soldados entre aliados y romanos.—Los ejércitos romanos pasan el Pó por primera vez; triunfan en muchos combates sobre los galos insubrios y los someten.—El cónsul M. Claudio Marcelo mata por su mano á Vindomaro, rey de los galos, y consigue sobre él los terceros despojos opimos.—Sojúzgase á los istrios y á los ilirios, que se habían sublevado.—Los censores cierran el lustro: el censo arroja doscientos setenta mil doscientos trece ciudadanos.—Los libertos quedan distribuidos en cuatro tribus separadas, habiendo estado hasta entonces incorporados á las otras. A estas tribus se les llama Esquilina, Palatina, Suburrana y Colina.—El censor C. Flaminio hace pavimentar la vía que después llevó su nombre, y construye el circo que se llamó también Flaminio.—Establécense en las tierras conquistadas á los galos las colonias de Placencia y de Cremona.

LIBRO XXI.

SUMARIO.

Origen de la segunda guerra púnica.—Ataque y toma de Sagunto por Aníbal.—Roma declara la guerra á los cartagineses.—Aníbal atraviesa los Pirineos, derrota á los galos y cruza los Alpes.—Pasa á la Italia, derrota á los romanos en el Tesino.—Victoria de Aníbal en Trebia.—Trabajos de su ejército al cruzar el Apenino.—Triunfos de Cn. Cornelio Escipión en España sobre los cartagineses y prisión de su jefe.

Séame lícito decir, en esta parte de mi obra, como lo han hecho la mayor parte de los historiadores al comenzar sus relatos, que voy á narrar la guerra más memorable de todas las que han tenido lugar; voy á narrar la que los cartagineses, mandados por Aníbal, sostuvieron contra el pueblo romano. En efecto, jamás midieron sus armas naciones ni ciudades más poderosas; jamás las mismas Roma y Cartago dispusieron de mayores fuerzas y poderío. No luchaban ahora sin conocimiento de la guerra, sino con la experiencia adquirida en la primera guerra púnica; y la fortuna fué tan varia y tan incierta la lucha, que quedó vencedor el bando que estuvo en mayor peligro. Además, tal vez